

Del Estado, la Transición y la identidad asturiana

Reflexiones sobre la creación de un nuevo sujeto político y el sueño ilustrado de construir una España moderna

Javier Fernández | Expresidente del Principado
05·12·21 | 04:00 La Nueva España

Entiendo que esta distinción se me concede por haber sido un presidente del Principado que ha hecho una cosa que hacen todos los presidentes del Principado: no olvidar en sus políticas a la Asturias de fuera de Asturias, la emigrada, la dispersa por el mundo. Aquella es, como saben, una tierra de emigrantes que nunca olvidan el propósito de volver y a veces también lo ha sido de exiliados a los que la vuelta les estaba prohibida. Los centros asturianos son el símbolo, en todas las geografías, de la permanencia de los vínculos, de ese sentido de pertenencia que ha fraguado en el imaginario de los asturianos de dentro y de fuera de Asturias.

Ocurre que el Centro Asturiano de Madrid tiene alguna connotación especial. En primer lugar porque se ubica en la capital de la nación y, aunque España ni se hace ni se imagina exclusivamente desde Madrid, es incuestionable que la capitalidad transmite una idea de centralidad política y simbólica de carácter especial. En segundo lugar porque aquí residen las instituciones del Estado y Asturias siempre ha tenido una estrecha relación con el Estado, a veces palpable, casi física, y eso es una evidencia histórica que no precisa demostración. En tercer lugar porque a los asturianos nos gusta mucho Madrid.

Yo la conocí en el arranque de los años setenta y desde el primer momento tuve conciencia plena del magnetismo que esta ciudad iba a ejercer sobre mí. Comprendí que su urbanidad tenía menos que ver con sus calles y sus plazas,

con la forma y la estructura de la ciudad, que con una actitud, un modo de vida y una cultura. Incluso en la atmósfera opresiva de los últimos años de la dictadura, Madrid se me apareció como una promesa de emancipación social y cultural. Un lugar en el que coexistían formas de vida, no ya distintas sino contradictorias, alternativas, hasta la extravagancia y el exotismo. Un territorio en el que poder liberarse de la presión de lo cercano, de ese control social tan inexorablemente vinculado a la vida local.

Desde entonces siempre me ha importado descifrar el ritmo vital que gobierna el devenir de esta ciudad. El que la ha convertido en un lugar en el que no se da una respuesta categórica ni selectiva a esa obsesiva pregunta española de quiénes somos nosotros. El que la ha aupado a paradigma de una España mestiza y plural. El que ha hecho de Madrid un sinónimo de modernidad. Conociéndola cuesta pensar que no hace tanto tiempo, en términos históricos, era aquel apacible poblachón manchego del que hablaba Azaña. O la ciudad intransitiva que, según Ortega, no irradiaba su influencia cultural más allá de seis kilómetros en torno suyo porque el resto era pura provincia.

Para entenderlo conviene recordar que, hasta bien entrado el siglo XIX, Madrid no era una capital sino una corte real. Ni siquiera contaba con la categoría de ciudad y carecía de obispo. Era sólo una villa que convivía con una corte sin confundirse con ella hasta el punto de que tenía por residencia regia un Palacio de Oriente ubicado en el occidente madrileño.

Madrid no podía ser la capital del Estado porque el Estado (en sentido moderno) simplemente no existía. Comenzó a construirse cuando España pasó de ser una monarquía imperial a una nación metropolitana con colonias. Desde entonces y hasta mediados de aquel siglo, un puñado de juristas, militares y hacendistas asturianos, que seguían la senda ya esbozada en el antiguo régimen por sus paisanos ilustrados Campomanes y Jovellanos, tuvieron un protagonismo transcendental, decisivo, en la construcción del Estado, en la del espacio público a él asociado, y en la centralidad de Madrid como capital política y simbólica.

Eran, los cito sin ánimo exhaustivo, Agustín Argüelles, el Conde de Toreno, Martínez Marina, Rafael del Riego, Evaristo San Miguel, Flórez Estrada, Canga Argüelles, Alejandro Mon o Pedro José Pidal. Se cobijaron bajo

distintas banderas: liberales doceañistas, exaltados del trienio, progresistas, moderados o conservadores doctrinarios (algunos bajo más de una) y pagaron por ello, Riego con la vida, otros con el cautiverio o el destierro en España y algunos con el exilio británico o francés.

Lo cierto es que a mediados de aquel siglo España contaba con unas estructuras estatales ya asentadas y los cimientos y las vigas maestras eran de sólida fábrica asturiana.

Por supuesto que aún quedaba un largo tiempo para la definitiva consolidación del Estado, su despliegue sobre el territorio y la definición del papel de Madrid en un país de centralismo oficial y localismo real, pero esa es una historia que no procede hoy resumir aquí. Es más, en este tiempo de memorias enredadas, conviene seguir el sabio ejemplo del Padre Mariana que finalizó su monumental Historia General de España con la muerte de Fernando el Católico pese a que la ultimó y publicó casi un siglo después. Preguntado por ello dijo que «no me atreví a pasar más adelante y relatar cosas más modernas por no lastimar a algunos si decía la verdad ni faltar al deber si la disimulaba». En ese tiempo en el que se inicia la construcción del Estado moderno en España, la gran mayoría de los asturianos tenían otras preocupaciones más inmediatas y más perentorias que las de sus minorías ilustradas. Blanco White las describe muy bien en la segunda de sus “Cartas de España” en la que dice que Asturias era entonces una de las regiones más pobres del país y como la mayor parte de sus habitantes no habían heredado de sus nobles antepasados otro patrimonio que una casi general hidalguía y una fuerte contextura muscular, se veían obligados a usar esta última en medio de las más débiles tribus del sur, donde monopolizaban los oficios de aguadores y mozos de cuerda. Pronto monopolizarían también el oficio de sereno aquí en Madrid.

Es decir, mientras las élites asturianas contribuían de manera determinante a la creación de un nuevo sujeto político, un Estado nación regido exclusivamente por el Derecho para organizarse y permanecer, una gran parte de la población asturiana se dispersaba, por el conjunto del país primero y por Cuba y las antiguas colonias después.

La diáspora asturiana tiene por tanto una muy larga tradición. Tanta que si buscamos Asturias en un mapa tendremos que indagar en el norte de España. Pero en la realidad está también en el este y en el sur y en los cuatro puntos cardinales, está aquí en Madrid. Asturias está en no se sabe que confín de no importa que frontera en la que un asturiano, hombre o mujer, ve pasar los amaneceres y los años sin olvidar su tierra de origen, sin borrar sus huellas, sin renunciar a su profundo sentido de pertenencia.

Un sentido de pertenencia que es más que una geografía, una tradición, una historia y una cultura. Es una identidad, tan marcada por la emigración y la ausencia, que Asturias no podría explicarse a sí misma sin ella.

No conozco una identidad más fuerte que la asturiana, pero lo más importante de una identidad no es su fortaleza sino lo que hacemos con ella. Y los asturianos hacemos con nuestra identidad lo mismo que con las casas, las estanterías y las copas de vino: no las llenamos del todo para que pase el aire.

Por eso la asturiana es una identidad porosa, compatible con otras, se complementa con la mexicana, la chilena o la argentina como dos olores en un mismo perfume y se funde con la española en una ciudadanía que trasciende de los vínculos y nos remite a un nosotros más profundo, más auténtico y más fraterno que todo aquello que nos hace distintos.

Tiene, por supuesto un poderoso componente emocional, pero nadie en Asturias cree que provenga de un fondo telúrico, esencial y heredado, sino del afecto por lo próximo, por el paisaje, por la gente, por el lugar. El lugar es ese sitio en el que el mapa se transforma en sentimiento. Todos provenimos de algún lugar y ese lugar influye poderosamente, a veces demasiado poderosamente, en nosotros.

Por último, la identidad asturiana, como decía Ortega de la española, nunca está hecha. Está siempre haciéndose y deshaciéndose, ganando adhesiones o perdiéndolas. Porque, contra lo que sostienen los genuinos portadores de las esencias, los que legitiman sus aspiraciones en consideraciones prehistóricas, las identidades siempre están cambiando y lo que deberíamos hacer es ayudar a que cambien para mejor.

En España ya lo hicimos, lo hicimos hace más de cuatro décadas con la identidad española. Es cierto que la gente de mi generación somos menos de

un lugar que de un tiempo, un tiempo hostil que pasaba lento. En 1974 en este país aún se ejecutaba a garrote vil, ocho años después España era una democracia plena con un presidente que poco tiempo antes militaba en la clandestinidad. En muy pocos años la identidad española se había reinventado a sí misma como europea, moderna, cívica, constitucional y democrática.

Pertenezco vital y emocionalmente a aquel tiempo que se dio en llamar de la Transición y me gustaría que la generación que la protagonizó no fuera recordada sólo como la que hizo realidad el sueño ilustrado de una España moderna sino también como la que inició un camino nuevo, la que no repitió la andadura recurrente y dramática de la tábula rasa.

Lo recuerdo hoy aquí, porque si no lo hacemos olvidaremos la Transición como narrativa de pacto entre españoles. Si olvidamos que 1978 fue el año cero de la democracia española se convertirá en la fecha de inicio de una promesa frustrada, el comienzo de una utopía traicionada.

No intento decir que todo se hizo bien. Estábamos tan atareados construyendo el Estado que nos olvidamos de pensar la nación y la nación ya se sabe que es una realidad imaginada que no todos imaginamos de la misma manera. Teníamos tanta necesidad de romper con el pasado inmediato que rompimos con todo el pasado, pero un país que no comparte una cierta idea de su pasado corre el riesgo de quedar atrapado entre el pasado que no termina de pasar y el futuro que no acaba de llegar. Creíamos que para España modernidad era democracia, desarrollo económico y justicia social, pero ahora sabemos que también necesitamos reconciliarnos con nuestra historia para poder hacerlo con nosotros mismos.

Se que toda esta intervención está llena de abstracciones y de racionalidad. No puede ser de otra manera porque soy incondicionalmente racionalista. En mi descargo alegaré que siempre he desconfiado de la perfección de los excesos y que soy muy consciente de que, a veces, hay que defender a la sociedad de los que, en nombre de la razón, tienen demasiada prisa por hacerla perfecta. Pero, aunque se trate de un optimismo melancólico, estoy convencido de que la esperanza, que es enemiga de los utopismos, de la irracionalidad y de la magia como solución, volverá de la mano de los que saben que la exaltación del

fragmento y el canto a la diferencia siempre ha sido uno de los ejercicios preferidos de los grandes adversarios de las ilusiones colectivas.

Yo siento ahora emoción y, en este tiempo de palabras de usar y tirar, no se me ocurre una más sincera y más auténtica que gracias. **Gracias al Centro Asturiano de Madrid por esta distinción**, quiero expresar también el orgullo que siento de ser asturiano. Pero no por haber nacido en aquella tierra, algo que no tiene ningún mérito y a lo que en nada contribuí, sino por formar parte de una comunidad de hombres y mujeres que, dentro y fuera de Asturias, nunca hemos antepuesto la pertenencia a la ciudadanía, nunca hemos volcado nuestra identidad sobre lo público ni hemos querido convertirla en frontera, nunca hemos pretendido dibujar con patrones culturales el perímetro de la ciudadanía ni construir con lo singular y lo diferente el cimiento de la comunidad política, nunca hemos querido ser el pez más grande de un estanque más pequeño ni hemos tenido complejo de periferia. Estoy seguro de que los asturianos que pusieron las bases del Estado moderno en España se habrían sentido orgullosos si hubieran podido saber que, dos siglos después, sus paisanos de dentro y de fuera de Asturias defendemos al Estado y no nos disculpamos por ello.